

LA VICTORIA DE JOMEINI

JUAN ALDEBARAN

UNAS imágenes claras de guerra civil —pueblo en armas, soldados disparando— dieron paso el domingo pasado a una confusión de noticias en las que parecía que el ayatollah Jomeini era dueño de la situación en Irán. Quizá se había suicidado Bajtjar, quizá había huido o estaba protegido en un cuartel; el Parlamento en pleno había dimitido, y el Estado Mayor del Ejército se declaraba "neutral": extraña declaración, que es una forma evidente de favorecer a los que todavía ayer se llamaban rebeldes y desafiaban una legalidad que se hundía velozmente. La República Islámica estaba a punto de aparecer en Teherán.

Pero todavía quedaban incógnitas. Todavía el lunes había combates en varias ciudades. Combates en los que, al parecer, más que buscar ya la restitución del Sha y la vuelta a una legalidad perdida, ciertas fuerzas procuraban salvar sus vidas. Una de las incógnitas todavía era la de la Guardia Imperial, los fanáticos inmortales —doce mil hombres— que, a la larga, podrían formar un ejército errante en busca de una frontera, o una base de guerrillas. Fácilmente utilizable por los que quieran evitar el triunfo definitivo de Jomeini; o quieran negociar todavía con él algunas concesiones posibles... Es decir, que todavía Irán, al comienzo de la semana, no se había desembarazado del espectro de la guerra civil.

Una guerra civil en un país con fronteras con la URSS, una "guerra santa" desencadenada en un entorno de musulmanes coléricos y con humillaciones de hace siglos, un caos en el país que abastece de petróleo a gran parte de Occidente y que tiene capacidad de regular el precio de la energía, es algo de una considerable trascendencia. Pueden envolver al mundo; no sólo en sus consecuencias económicas, sino también en las militares.

Por el momento, parece que la ventaja la tiene Jomeini, el "signo de Dios" —ayatollah—, junto al cual surgen otros hombres más o menos santos: el doctor Mazargan, primer ministro del Gobierno de la República Islámica; otros ayatollahs, como Madari, Marashi-Najari Golapeyngani; hombres todos próximos a los ochenta años —no se llega a esa posición sin largo tiempo de experiencia, de estudios coránicos, de honestidad, de vida irreprochable—, y todos con la idea de la

teocracia como meta de su vida, de su sacrificio, de su esfuerzo.

La teocracia avanza en el mundo musulmán. Desde Arabia Saudita al Pakistán, donde acaba de proclamarse —por el Gobierno militar que va a ahorcar a Ali Bhutto— la ley suprema del Corán y de la Sunna. La Sunna —o el Sunnat— es una colección de libros sagrados que completan o complementa el Corán y encierran la ley tradicional. Por estos textos, convertidos en Ley ya en Pakistán, los jueces —que son religiosos, más que magistrados de

re el de la implantación del Corán y de la Sunna: es, por ejemplo, todo un sistema de impuestos: el "zaka", sobre el patrimonio, o el "ushher", sobre las propiedades de tierras, cuyas cantidades dictaminan también los sagrados hombres de la religión. Ya quince Bancos Islámicos, con sucursales en el mundo, al anunciado que no darán intereses a sus clientes, pero que tampoco se los cobraran sobre los créditos, porque esto sería considerado como usura y es, por lo tanto, pecado.

Unión Soviética, con fronteras, a su vez, con Irán. En el Irán, la revolución triunfante, la teocracia y el sistema político es chilita; en Pakistán, el sunita. En Afganistán, como en Turquía, como el Iraq, o en Arabia Saudita, por citar los países apiñados en esa zona, hay sunitas y hay chilitas. Si la figura del ayatollah está conmoviendo a todo el mundo musulmán, y convirtiéndose en un profeta viviente, en un líder religioso, la idea de oponerlo a la religión sunita puede provocar una guerra



El Ayatollah Ruhollah Jomeini y, a su izquierda, el doctor Mehdi Bazargan, primer ministro de la República Islámica que está a punto de aparecer en Irán.

carrera a la manera en que los conocemos en Occidente— pueden cortar la mano o el pie al ladrón; simplemente, al pecador. Ya está pasando en Arabia Saudita. La mezcla de la Edad Media con la contemporaneidad da este resultado: que no corta la mano o el pie al verdugo, sino un clujano, en un quirófano y con anestesia. El verdugo se queda para cortar la cabeza con un alfanje, cuando el delito es mayor. Se puede castigar con la muerte por lapidación al adúltero, con una larga serie de latigazos —que muchas veces llevan a la muerte o a la invalidez— a los consumidores de alcohol, a los usureros, a los testigos falsos. Pero no es sólo este aspecto de trágico folklo-

pero prestemos atención a los nombres. La Sunna, o el Sunnat, da nombres a los sunitas. "Si los chilitas fueron los poetas del Islam, los sunitas han sido sus guerreros", dicen los libros. El Islam se dividió entre sunitas y chilitas a la muerte de Mahoma. Imaginemos, si los chilitas del ayatollah Jomeini son los poetas, imaginemos lo que serán los guerreros sunitas del general Zia Ul Haq que dirige Pakistán.

Pero el tema va más allá, muchísimo más allá: desgraciadamente más allá. Pakistán, con su Junta militar, es una avanzada del Imperio occidental, un hijo favorito de Estados Unidos, con frontera y odio por Afganistán, protegido por la

de carácter religioso sin límites en el tiempo. Manipuladas. En el momento en que aparece la ley sunita en el Pakistán, puede verse ya que es una especie de vacuna frente al contagio de la ley chilita en el Irán, y que Pakistán es una ficha de los Estados Unidos, como Afganistán lo es de la URSS. Es imposible calcular todas las perspectivas de horror que pueden provocar las guerras santas, y la mezcla inevitable de la URSS y de los Estados Unidos. La URSS tiene musulmanes chilitas y sunitas dentro de sus fronteras: pueden ser manipulados desde fuera, pero también desde dentro.

Todo puede depender de cómo se comporte ahora el ayatollah Jo-



El pueblo iraní, armado con rifles y cócteles Molotov, lucha en las calles de Teherán.

meini. Ahora que se le da como vencedor, después de la demoledora jornada del domingo, en la que el Ejército decidió "abstenerse" de la lucha, y cambió hasta su nombre; ya no es el Ejército Imperial —el del Sha—, sino el Ejército del Irán. Es una forma de admitir el triunfo de la República Islámica. Todo puede también depender de cómo los Estados Unidos quieran o necesiten manejar la misma situación. Está claro que no van a dejar perder fácilmente los pozos de petróleo, y su posición estratégica en la frontera de la URSS. Con el riesgo de que Turquía se inflame con una llama parecida, y se quemé así también un ala de la OTAN. Podría decirse que la política de Estados Unidos en Irán ha sido suicida. El apoyo al Sha y la hostilidad a la oposición religiosa la ha llevado hasta el último extremo cronológico, hasta que ya no tenía remedio.

Podría ocurrir que el paso para recuperar Irán viniera por sostener esta guerra civil que ya está ganada por el ayatollah; podría sostener guerrillas, convertir la Guardia Imperial en el último bastión de la resistencia, crear una situación permanente de insurrección con los antiguos cómplices del Sha, que se ven ahora convertidos en presas para los nuevos jueces coránicos. Podría alzar a los sunitas contra estos chilitas; podría llevar el endurecimiento del Pakistán —del que será prueba la horca para Ali Bhutto, si no se le indulta— a una guerra, y a otra guerra civil al Afganistán, donde islamismo y socialismo están siendo difíciles de sumar. Pro-

bablemente, no podría hacer nada peor. Repitamos que las consecuencias son imprevisibles, y que la agitación religiosa entre los musulmanes podría extenderse desde Marruecos hasta la India. Entre poblaciones hambrientas, sometidas, entre creyentes que llevan su religión al fanatismo, en los que las tendencias actuales al agnosticismo producidas por la penetración de la ciencia y de la filosofía sucedidas en países de otras religiones no existe, porque han sido mantenidos aislados por el idioma, el analfabetismo y la ley; en las que existe un irredentismo permanente por la pérdida del gran mundo islámico y el imperio árabe; en los que viven bajo la amenaza permanente del sionismo, y lo atribuyen a la acción de los "europeos" —entre los que se cuentan, naturalmente, los Esta-

dos Unidos—, el estallido de una guerra o de una serie de guerras religiosas puede ser uno de los mayores acontecimientos del mundo desde que terminó la guerra mundial. Un acontecimiento que tiene, sobre el papel, las características suficientes como para envolver a Estados Unidos y a la Unión Soviética —y, naturalmente, a China— es un conflicto enormemente grave. Porque la amplia zona mundial en que se puede desarrollar alcanza toda clase de intereses y de estrategias.

La idea, ahora, es la de que el ayatollah ha ganado su batalla en el Irán, y la República Islámica va a desarrollarse con arreglo a los principios dictados por los hombres de religión. Hay pocas dudas, en estos momentos, de que quien ha ganado la revolución es el pueblo: no



El Ejército imperial, ahora Ejército del Irán, al declararse neutral ha inclinado la balanza definitivamente hacia el lado de Jomeini. En la foto, militares partidarios del Ayatollah ante la residencia del líder chiita.

han prevalecido las tesis emitidas por el Sha en sus últimos tiempos de reinado de que se trataba de una injerencia exterior. El pueblo iraní ha ganado su República saliendo a la calle, dejándose matar —aún el domingo hubo cincuenta muertos, antes de que el Ejército regresase a sus cuarteles—; las armas les han llegado en el último momento, y les han sido dadas por los soldados. Este pueblo tiene que comprometerse a vivir ahora según la dura ley coránica. La ha izado él mismo: le ha servido contra una dictadura, una corrupción, una agresión continua. Pero, ¿se va a convertir a su vez en una dictadura? ¿Va a ser un sistema viable en estos tiempos? Los ayatollahs hablan de un Gobierno democrático basado en las leyes del Islam, a partir de la primavera —expresada por el ayatollah Madari en una reciente entrevista—: "Nadie tiene el derecho de expresar una opinión sobre un Gobierno islámico, excepto los dirigentes religiosos que son expertos en ley islámica". ¿Puede haber una democracia coránica —¿puede haber una democracia donde nadie puede hablar del Gobierno?—, como hay un feudalismo coránico en Arabia Saudita, una dictadura coránica en Marruecos, un socialismo coránico en Libia o en Afganistán? Todo es cuestión de nombres. Jomeini va más allá de Madari —se dice que son opuestos, y que Madari es más suave, más negociador que Jomeini— cuando dice que "oponerse a un Gobierno islámico será blasfemo, y, por lo tanto, castigado en los Tribunales Islámicos". Los Tribunales Islámicos están formados por ayatollahs, que pueden juzgar no sólo en materias religiosas, sino también en civiles y penales.

Se va a ver, ahora, cómo es posible una teocracia medieval en un país que hasta ahora estaba implicado en el mundo occidental. Se va a ver un Savonarola quinientos años después de Savonarola. La comparación es del "Economist" de Londres. Savonarola alzó en una especie de fascismo católico a Florencia, contra la corrupción "moderna" de los Medici, y su triunfo creó un cambio en el mundo: cambios en Francia —los Estados Unidos de la época y de la zona—, degeneración de la autoridad del Papa, huida de los intelectuales; al final Savonarola fue quemado, recuerda el "Economist" con cierta satisfacción pronosticando el final que desearía para Jomeini —que ha destruido el poder británico sobre el petróleo—. ■